

HOMENAJE A

RAUL SALAZAR ALVAREZ

(1893-1936)

EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Figura casi olvidada por las actuales generaciones, Raúl Salazar Álvarez tuvo una destacada participación en la literatura, en el periodismo y, sobre todo, en el teatro costarricense del primer tercio del siglo XX. Junto con sus contemporáneos Francisco (Paco) Soler o Roberto Valladares —muertos al igual que él prematuramente— Salazar fue una de esas personalidades polifacéticas, brillantes y atrayentes en la bohemia cultural costarricense de principios de siglo.

Se inició en la literatura como poeta, con un tomo de versos publicado en coautoría con José Albertazzi Avendaño, en 1910. En 1918 recibió premios en poesía y teatro, en un concurso convocado por el influyente periódico *EL IMPARCIAL*, por su poema *VÉRTICE SONORO* y su comedia lírica *MAÑANA DE PRIMAVERA* con música de Roberto Campabadal.

Su importancia como autor dramático está especialmente ligada a los esfuerzos realizados por un grupo de jóvenes emprendedores que, en la década de 1910, bajo los auspicios de los promotores Adolfo Blen, Manuel (Manolo) Rodó y con la participación de actores como Alberto Medina y Juanita Lasauca, convirtieron el Teatro Trébol en un activo centro de espectáculos que atrajo un ingente público popular. Salazar colaboró con varias comedias o «revistas» (serie de

cuadros satíricos o festivos de corte costumbristas y popular) que tuvieron un éxito inusitado y dieron, según Fernando Borges, «*enorme popularidad y no poco dinero*» a su autor. Entre ellas se mencionan: *YO SOY UN DESCUBRIDOR*, *EL DESPERTAR DE DON JUANITO* y especialmente *SAN JOSÉ EN CAMISA*, su mayor éxito, que obtuvo más de cien representaciones a teatro lleno. Otras de sus obras como *A TRAVÉS DE LOS AÑOS*, *SAN JOSÉ EN B.V.D.* se estrenaron en los teatros Moderno y América. Desgraciadamente, ninguna de esas obras se ha conservado. Sólo tres textos dramáticos suyos, los que fueron publicados por el autor, han llegado completos hasta nosotros: *MAÑANA DE PRIMAVERA* (1917) *LA MUJER QUE TENÍA EL CORAZÓN EN LA BOCA* y *EL HOMBRE QUE BUSCABA EL VERDADERO AMOR* (ambos de 1929). *EL HOMBRE QUE BUSCABA EL VERDADERO AMOR* ha sido incluido en una reciente *ANTOLOGÍA DEL TEATRO COSTARRICENSE (1890-1950)*, preparada por Alvaro Quesada, Flora Ovares, Margarita Rojas y Carlos Santander y publicada por la Editorial de la Universidad de Costa Rica, en 1993.

Salazar tuvo también una destacada participación en el periodismo nacional. Desde muy joven colaboró activamente en diversos periódicos y revistas y, a lo largo de su vida, dirigió varias publicaciones de carácter cultural y humorístico.

* A cargo del Dr. Alvaro Quesada, Escuela Filología, Lingüística y Literatura, U.C.R.

Al cumplirse el centenario de su nacimiento, la REVISTA ESCENA dedica la **Sección Rescate** de este número especial, a recordar la figura y la obra de uno de los pioneros del teatro costarricense. Ofrecemos a nuestros lectores un trabajo publicado en REPERTORIO AMERICANO, en 1929 por el célebre poeta y crítico literario Justo A. Facio (1859-1931), que constituye, quizás, el mejor estudio sobre la vida y la obra de Salazar, al mismo tiempo que ofrece un rico panorama, escrito por un testigo privilegiado, de algunos aspectos de la vida teatral costarricense de principios de siglo. Les ofrecemos, asimismo, uno de los primeros textos dramáticos de Salazar, MAÑANA DE PRIMAVERA, obra que recibió el primer premio en el concurso literario convocado por el periódico EL IMPARCIAL en 1917, junto con el comentario escrito por José Albertazzi Avendaño que acompañó a la publicación de esa obra en la REVISTA NOUS.



Raúl Salazar Alvarez



EL TEATRO de RAUL SALAZAR ALVAREZ

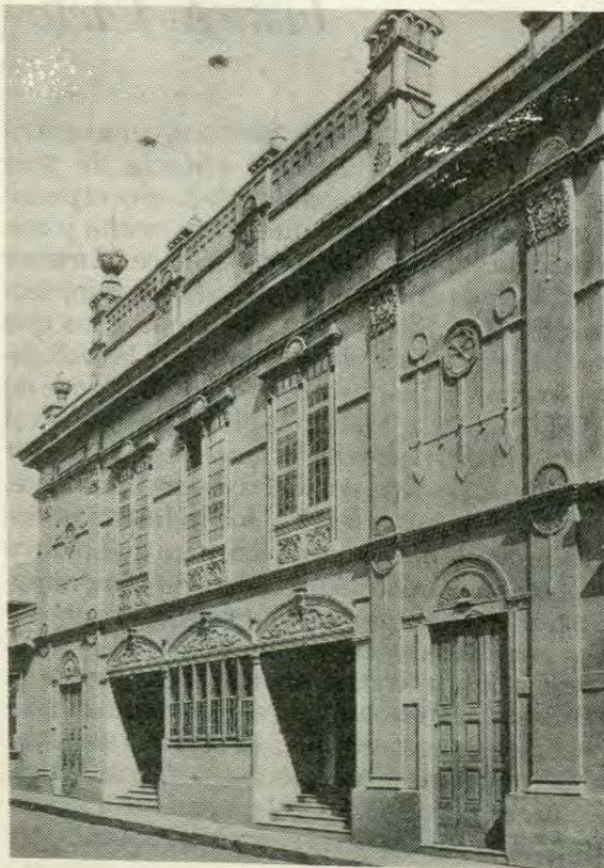
Justo A. Facio

Raúl Salazar hizo su aparición ante los lectores costarricenses en compañía de José Albertazzi Avendaño; han corrido algunos años de entonces a hoy; servíales de señuelo un volumen de poesías titulado FRAGMENTOS DE ALMA¹: a cada aletazo del numen juvenil, un sentimiento, —unas veces, vago; otras veces, algo confuso—, es decir, un fragmento de alma, salía de allá, de su secreto santuario, a buscar expresión armoniosa en la pluma de los dos poetas noveles; el nombre correspondía bien al contenido de la obra, en cuyas composiciones había emoción y sinceridad, los dos elementos primarios de la poesía; regalo de una buena hada, cada uno de ellos poseía también llave con que abrir la gruta en donde sabios gnomos ocultan los joyeles de la forma para engastar el pensamiento, dándole así primor artístico; ya se advierten aquí y allá, en las diferentes poesías de volumen, las muestras de esos felices hallazgos: el público sintió que con estos dos poetas se enriquecía el grupo de nuestra pléyade. Albertazzi Avendaño, que cultivó con asiduidad sus jardines poéticos, que unció al carro de su palabra viril los indóciles corceles de la oratoria, llegó a conquistarse pronto un nombre en la provincia de los letras que circunscribe nuestra tierra: Salazar parecía haber abandonado el predio que por don de la madre Naturaleza poseía en las graciosas faldas del Pindo; a lo menos, no se escuchaba tan frecuentemente en el diario trajín el canto con que acompañaba su faena artística. Pero en realidad, no equivalía esto a una desertión; porque lo que ocurría era que Salazar servía, ahora, a la causa de las letras, siempre como buen paladín, en otro departamento literario; efectivamente, Salazar se había enganchado con todo y su pluma, ya que de otra arma no disponía, en las falanges anónimas de la prensa, obligado por el aquel de ganarse honradamente el necesario condumio: porque lo que es como oficio el hacer versos no sirve aquí todavía,

ni en muchas otras partes, tampoco, como actividad que entrañe virtud y eficacia de *pane lucrando*: esto no reza con el periodismo; el periodismo es un monstruo que, día y noche y con insaciable voracidad, engulle, sin hacer el menor asco, cuantos alimentos le den afanosos intelectuales, si por intelectuales tomamos a los que escriben por vía de oficio para llenar las columnas amazotadas de un periódico: puede que no sea muy literaria la labor de pluma con que en el periódico de hoy se nos brinde; pero el escribir profesionalmente, mejor dicho, sistemáticamente, constituye de todos modos una industria periódica, que se paga, mal o bien, pero que, al fin y al cabo, se paga; enrolado en el montón anónimo, Salazar vino a ser de esa suerte un oscuro obrero de la prensa en cuya voráGINE silenciosa, pero no por silenciosa, menos irresistible, desaparecía su preciosa literatura, digna, así y todo, de fijarse en páginas que perduren; es seguro, efectivamente, que nuestra atención se ha detenido más de una vez extasiada, ante el comentario ingenioso o fútil que al azar deja caer su pluma entre las

noticias callejeras y más o menos sensacionales con que el diario de nuestros días entretiene la curiosidad un tanto cuanto morboso de los lectores. Pero el renunciamiento del poeta en el periodista era aparente o, más bien, momentáneo; ni ello podía ser de otro modo; porque, el sentimiento de la poesía nace en él de fuentes interiores que nunca se agotan, por más que sólo a intervalos irrumpa a la superficie para recibir las puras caricias del sol, que pone tonos irisados en el movible cristal de sus aguas. Vemos, así, cómo a lo largo de esos silencios en que su nombre parece sumirse, el Ateneo de Costa Rica, en concurso de poesía celebrado allá por 1912, otorga el primer premio, sin discusión, a un soneto de Salazar titulado *EL RUBOR DEL AGUA*; transcurren los años y, en 1918, este favorito de las musas recibe el primer premio por su poema *VÓRTICE SONORO* en un concurso abierto por el diario que en aquel entonces aparecía con el nombre de *EL IMPARCIAL*; poco después, y en otro concurso por este mismo periódico patrocinado, obtiene mención honorífica *LA EPOPEYA DEL QUIJOTE*, poema que también se debía a su numen; según lo que vemos, la pro-

Teatro América



Teatro Moderno

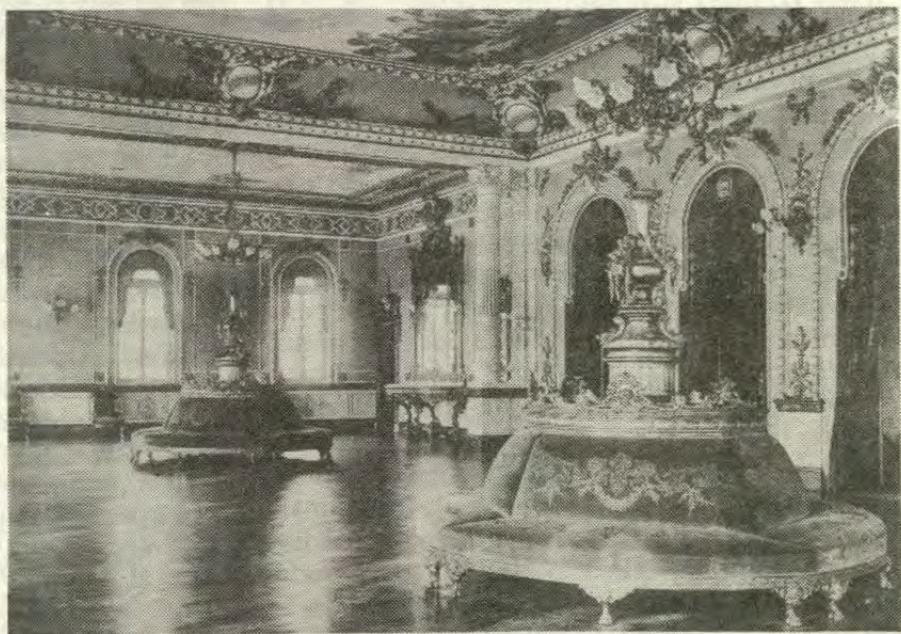
ducción de Salazar como poeta lírico no era, a fe, muy copiosa; pero los triunfos que aquí menciono ponen fuera de duda que ella sobresalía, a todo evento, por su prestancia. Otro noble género de cultivo ensayó Salazar en el terreno de las letras desde que empuñó la pluma como instrumento de trabajo: el teatro; esto fue allá por el año 10. Actuaba entonces en el Teatro Trébol², (que ya no existe), bajo la amable dirección del maestro don Adolfo Blen, también artista por su linaje una compañía de aficionados costarricenses que, durante largo período, contra lo que por lo común ocurre aquí en empresas de esta índole, ofreció grato entretenimiento al público josefino; pero cumple decir ahora, para ser del todo veraces, que el buen éxito de la modesta *troupe* se debió muy principalmente a la revolucionaria colaboración artística de Salazar, quien llevó a la escena del Trébol diferentes creaciones teatrales de tipo criollo, en que dio a conocer, ventajosamente, la vis cómica de que está bien dotado. Para esa empresa compuso Salazar *SAN JOSÉ EN CAMISA*; ³ este ensayo obtuvo ciento diez y nueve

representaciones, —un verdadero récord entre nosotros; recuérdese el entusiasmo con que San José se apretujaba todas las noches de función en el elegante teatrillo para tener el gusto de reír a sus propias expensas; porque con gracia, sin veneno, el autor ponía allí en solfa la extravagancia de gentes en las que con caracteres locales se acentúa algún rasgo o algún aspecto de lo cómico, —arte raro y difícil cuyo señorío no puede disputársele a nuestro compatriota; a este mismo género pertenecen las revistas teatrales *A TRAVÉS*

DE LOS AÑOS, estrenada en el Teatro Moderno, ⁴ y *COSTA RICA EN B.V.D.*, estrenada en el Teatro América, ⁵ y otras, también de carácter regocijado, en que la pintura de brocha gorda es la que prevalece. Por la finura del trabajo, correspóndele a *MAÑANA DE PRIMAVERA* posición más eximia en el arte teatral; es ese el primer ensayo serio que Salazar emprende y realiza en lo que toca a la comedia de altura; no menos afortunado ahora, *MAÑANA DE PRIMAVERA* ⁶ ganó también el primer premio en el concurso de *EL IMPARCIAL* a que antes hube de referirme. ⁷ Cuando ocurrió la voladura del cuartel

Principal, en 1918, nuestro poeta escribió un boceto dramático que tiene por título *A FLOR DE ALMA*; con el fin de allegar fondos para socorrer a las víctimas de este desgraciado suceso, que odioso cálculo achacó entonces, pérfidamente a mano perversa, verificóse en el Teatro Nacional una velada fúnebre de cuyo interesante programa era número el boceto aludido, que, a plena y clamorosa satisfacción de todos los concurrentes, fue representado allí por primera vez; la velada produjo cosa de \$9.000, —resultado sin precedente en la historia de estas elegantes socaliñas. — Como de costumbre, Salazar conquistaba también en esta ocasión la simpatía algo zahareña del público, —juez que siempre sentencia a impulso de su solo instinto, pero que rara vez se equivoca en sus fallos. —La empresa periodística de *LA TRIBUNA* ha editado recientemente, en un solo volumen, las dos últimas creaciones de Salazar:

LA MUJER QUE TENÍA EL CORAZÓN EN LA BOCA y ⁸ *EL HOMBRE QUE BUSCABA EL VERDADERO AMOR*, —comedias dramáticas, según reza el subtítulo, en armonía con el carácter de dichas obras. En cuanto edición, el volumen acredita ventajosamente a la empresa en el orden artístico: en ése sin duda un bello espécimen del arte tipográfico, cuyo adelanto general, aquí, el libro también pregona; ahora bien, en esa misma publicación se halla la clave de los triunfos escénicos con que a justo título nuestro conterráneo podría quizá envane-



Teatro Nacional

cerse, a no ser su modestia, —virtud rara entre intelectuales de valía, que no han menester de *reclame* para lucir su ingenio o para hacerse notar; pero lo que a mi propósito cumple no es sino decir que el volumen recientemente editado pone a Salazar en primera línea entre los cultivadores que el difícil arte escénico tiene a intervalos por estos mundos, ya que, según una vieja tesis, «el teatro no surge en ninguna parte sino como brote de una civilización que ha alcanzado pleno desarrollo».

Contra esta tesis histórica se alzan, sin embargo, voces respetables: Juan Maragall dice, por ejemplo: «Así, me parece gran error considerar el teatro como resumen superior y cima ideal donde las artes se abrazan y confunden sublimadas: creo, por el contrario, que el teatro es el arte antes de las artes, el

núcleo primitivo de donde ellas se elevan». Sea como fuere, la historia de las literaturas atestigua, por lo menos, que el teatro es la forma literaria última en llegar a la perfección, entre otras razones, sin duda, porque nada hay tan difícil en arte como dar justa representación a las realidades comunes, cuando no inferiores, de una vida harto complicada, como ésta, —cosa a que de modo particular tiende el teatro moderno, preocupado más que nunca hoy por reducir a meras síntesis las complejidades de la pasión.—Desenvuélvase así, en la parvedad ideológica de una síntesis, como en un cuadro de reducida amplitud, en donde, sin embargo, todo tiene la proporción que corresponde su papel, las dos composiciones teatrales que con el nombre específico de *comedias dramáticas* nos ofrece ahora el autor costarricense a que aquí me contraigo: LA MUJER QUE TENÍA EL CORAZÓN EN LA BOCA es tan sólo una transcripción escénica de un cuento perteneciente a Conan Doyle, —el ingenioso escritor inglés; el argumento no está tomado directamente de la vida; pero esto no es cosa que disminuye la posibilidad del mérito artístico, cuando lo hay, como en el caso presente; en sí el asunto sólo tiene el valor de la materia bruta; es decir, no desbastada aún por la mano audaz del artista, para darle ésta o aquella otra forma. Al refundir el cuento de Conan Doyle, Salazar ha conservado en la comedia, naturalmente, lo que allá constituye el nudo intrínscico de la fábula; no de otro modo podía la comedia venir a ser una refundición, en la cual pone no poco el ingenio de quien refunde; son esenciales en el cuento, así como en la comedia, unos amores vehementes y la venganza de un marido; casi no hay episodio de la vida en que el amor no juegue papel principal; lo difícil para el escritor es imprimir a sentimiento tan común el carácter que estrictamente le corresponde según su significado y según su intensidad; lo original en el cuento, así como en la comedia, por consiguiente, es el medio empleado por el marido para vengarse; hay en esta forma de venganza un refinamiento que tiene mucho de oriental; con arreglo a ideas que hoy prevalecen, cabe también decir que es una venganza *modernista*, por lo que en ella hay de extravagante; me inclino a creer que en este toque del terrible humorismo británico reside la tentación poderosa que sedujo a Salazar para acometer la empresa, harto difícil, a todas luces, de dar estructura escenográfica al cuento de Conan Doyle, —tentativa que, a mi juicio, el autor costarricense ha realizado con

muy buen éxito. —En EL HOMBRE QUE BUSCABA EL VERDADERO AMOR, la segunda comedia del libro, se muestra ya, espontáneamente, libremente, ahora, puesto que no trabaja sobre la obra de otro, el verdadero creador en la república del arte; como la anterior, esta pieza se desarrolla y culmina en un solo acto, con acción rápida y potente, —lo que constituye cualidad de mucho mérito en quien hace labor de teatro y en quien, sobre esto, se propone urdir todo un drama en el breve curso de unas pocas escenas. —Aquí el protagonista, o sea, el hombre que buscaba el verdadero amor, ama ardientemente a una artista de teatro, por ésta con igual vehemencia correspondido; ausente María Rosa, que, por amor de su arte, recorre diferentes tierras en busca de nuevos públicos, la pasión de Adrián deriva automáticamente hacia la hermana de María Rosa, Julia, en cuyo sorprendente parecido se refleja la imagen de aquella que se halla lejos; a su vez, Julia cede a los arrebatos amorosos de Adrián; retorna la ausente, que en ese momento no ignora ya la traición, la doble traición; las explicaciones violentas se suceden; la artista azota el rostro de su antiguo amante con la seda flexible e irisada de sus recriminaciones; él explica su caso con los razonamientos ilógicos que a un imaginativo exaltado sugiere la pasión: «Y SI TE VEÍA EN LAS COSAS, MARÍA ROSA, ¿CÓMO NO VERTE A TRAVÉS DE TU PROPIA HERMANA?», le dice. El desenlace sobreviene con la aparición de un médico inglés, —o norteamericano, —que a María Rosa asistiera durante enfermedad que ésta sufrió en su viaje de regreso y con el cual ella se había casado, al parecer por un noble impulso de gratitud; María Rosa presentía con todo fundamento que muy pronto se hallaría en la situación humillante y, por lo tanto, odiosa, a que la deslealtad de la hermana y del amante la había reducido; sólo el matrimonio, calculó la sensible y desgraciada joven, podría abrirle una puerta por donde escapar con altivez al conflicto que fatalmente le saldría al paso en hallándose de nuevo entre los suyos: el matrimonio con persona extraña a sus intimidades sería su única salvación; por lo demás, esto del marido improvisado es un recurso escénico que a los autores ofrece con harta frecuencia la artificiosa vida de relación entre cuyo tráfigo se debaten las gentes con las cuales se forma la clase a que por antonomasia designamos con el nombre de «sociedad»; el desenlace, humano, en fin de cuentas, resulta a la verdad bastante cómico, y este rasgo del lienzo gana un

matiz y carácter al oír el español bárbaro y desastroso que el autor pone en boca del médico, o, más bien, del marido. Pero, ¿este comentario no se refiere por ventura a una comedia? Sí: efectivamente, a una comedia, a una comedia dramática; temo, sin embargo, que el desenlace debilite un poco la estructura artística de la obra, lo que en modo alguno afecta a lo dramático. Porque, como ya insinué, toca el drama en el ápice, es decir, en lo más agudo de lo pasional cuando, al reunirse los protagonistas sobreviene entre ellos la inevitable reyerta, y ésta aparece iluminada por los fogonazos del odio, de la indignación, de los celos, de los reproches; el amor es allí unas veces el tigre enfurecido que se apronta a caer despiadadamente sobre su adversario, ahí no más, a merced suya, como que ha renunciado a toda defensa; otras, es el perro humilde y fiel que, todo quejumbroso aún bajo los golpes del amo y, con los ojos húmedos, busca la concesión reparadora de una caricia. —Mucho sirve la habilidad del actor para imprimir el realce de lo humano a esas actitudes y a esas situaciones en el momento de la representación escénica; así y todo, nada consiguen ni el amaño ni la escuela del intérprete cuando los personajes de la obra no hablan como cumple a su condición, a su temperamento, a su estado de ánimo, a las circunstancias que el imperativo del evento les asigna. La naturaleza ha agraciado a nuestro compatriota con el talento que permite hacer sentir la emoción de la realidad en las simulaciones del arte, tal como lo vemos en las dos comedias dramáticas a que vengo refiriéndome. A vivir en medio literario de mayor amplitud, Salazar ejercitaría seguramente sus facultades en componer obras de más aliento, como otrora solía decirse, y de más fácil acomodo, también, al mecanismo artificioso del teatro; porque, según todas las señales, al escribir las dos obras que aquí comento él tan sólo se propuso dar con ellas sabroso pábulo a la lectura; esto se nota desde luego en la forma de todo punto elegante que expresamente escoge para decir al escenógrafo cómo debe alhajar el escenario, de modo que en éste se refleje, con sus típicas modalidades, el mundo donde van a tener lugar las escenas de la presunta acción; en estas breves cuanto bellas descripciones, que no se escriben para los que leen, introduce Salazar, libremente, puesto que ahí es él quien habla, la nota vivaz y pintoresca de la imagen, como un pájaro de ricos colores, —recurso literario de que con mucha frecuencia y siempre con acierto se sirve,—con lo que también pone en bulto, brillantemente, su variada aptitud artística.

(Tomado de REPERTORIO AMERICANO, Tomo 19, N° 7, 1929, 102-103)

NOTAS DE LA REDACCION

- 1) Raúl Salazar y José Albertazzi Avendaño. **Fragmentos de alma**. Alsina: San José. 1910 (Nota de la Redacción).
- 2) El Teatro Trébol situado en la Avenida Central, se inauguró en 1916 y fue destruido por un incendio en 1924. Fernando Borges lo describe como «una obra de madera y de sencilla estructura. Por frontispicio, una común portada con acceso a un ancho zaguán que comunicaba, alargándose bastante, con el salón platea del teatro, local falto de aire y luz natural, aunque cuidadosamente pintado, con dos filas de palcos laterales, los altos destinados a galería; capacidad para unos 500 espectadores» (Borges F., **Teatros de Costa Rica**. Ed. Costa Rica. 1980, p. 101) (N. de la R.)
- 3) Esta obra, que no se ha conservado, fue descrita por Borges como una «revista sobre asuntos costumbristas político-sociales» (Op. cit., p. 102) y por Abelardo Bonilla como «serie de cuadros de la vida nocturna en los barrios bajos josefinos» (Bonilla A., **Historia de la literatura costarricense**. Ed. Costa Rica. 1967, p. 211) (N. de la R.)
- 4) El Teatro Moderno, situado en la Calle 2, se estrenó en 1911. Convertido en sala cinematográfica siguió funcionando hasta 1992 cuando fue destruido por un incendio (N. de la R.)
- 5) El Teatro América, situado en la Avenida Central, se estrenó en 1915. Convertido en sala cinematográfica siguió funcionando hasta la década de 1950 cuando fue destruido por un incendio (N. de la R.)
- 6) Publicada en la Revista **Nous**, N° 12, 13 y 14, 1917. Se reproduce en esta misma revista.
- 7) El arsenal del Cuartel Principal (situado donde está hoy la Penitenciaría) estalló el 23 de octubre de 1917 —y no en 1918 como erróneamente escribe Facio— dejando un saldo de 70 muertos y 50 heridos. Aunque en principio se atribuyó el hecho a un accidente, circularon también rumores atribuyéndolo a enemigos políticos de la dictadura de Federico Tinoco, quien había asumido el poder mediante un golpe de estado el 27 de enero de 1917.

- 8) Raúl Salazar Alvarez. **La mujer que tenía el corazón en la boca y El hombre que buscaba el verdadero amor.** La Tribuna: San José. 1919. El hombre que buscaba el verdadero amor se reproduce en: A. Quesada, F. Ovarés, M. Rojas y C. Santander, **Antología del teatro costarricense (1890-1950)**, Ed. Universidad de Costa Rica: San José. 1993.

ESCENA

Mañana de Primavera

Comedia lírica en un acto

Personajes

DON GASPAR	80 años Ligeramente encorvado. Melena blanca. Bordón. Traje sencillo.
JUAN	25 años Impetuoso, fuerte, apasionado. Mozo de campo.
RUFINO	25 años Mozo aguerrido e ingenuo
MARUCA	20 años Vivaracha dentro de la ingenuidad campesina. Traje de zagala.
ZORAIDA	20 años Temperamento alegre, inquieto.

Nota de la edición original:

Esta comedia debido a la galana pluma del señor don Raúl Salazar, fue premiada en el último concurso de EL IMPARCIAL con el primer premio. La parte musical fue compuesta por el renombrado artista nacional don Roberto Campabadal y sabemos que se estrenará en breve en uno de los teatros de esta capital.

Mañana de Primavera

Es un sencillo poema de amor. No tiene patria por eso, porque es amor y el amor no conoce fronteras. Sus personajes no tienen en la boca deo alguno característico de región conocida. Bien pueden ser hijos de la madre España como de América indígena. Son, digámoslo mejor, corazones que palpitan y no bocas que gesticulan. Aman, sueñan, esperan fuera de los cánones provincialistas; lo dedico por todo esto a la más alta gloria intelectual y moral femenina de mi tierra, a doña María F. de Tinoco, ¹ para testimoniar así la devoción de mi respeto.

ACTO UNICO

Esta es una fragante eclosión de primavera...

Mañanita sutil, pródiga de rumores y loca de sol propicio para convalecencias y viejecillos tristes a fuerza de saudades. Mañanita loca que ríe aprisionada en un bosque umbrío a cuya diestra aguarda un banco de mármol, con la paciencia elocuente de las cosas sin alma, la tibia caricia de un cuerpo femenino.

Una fuente pregona sus discreteos que suenan como regaños, a distancia...

En el fondo, una casita blanca como blanca nota de calma pastoril...

Todas las cosas parece que tuvieran una sonrisa enigmática; será ésta el alma vagabundan de Dios, de la Naturaleza o de Pan?...

D. Gaspar.— *(entrando a escena, paulatinamente, apoyado en su bordón, viene llamando desde adentro. Tienen sus palabras la suavidad del manantial)*
Juan... Juanillo... Maruca... muchacha; pero... y tampoco hoy? *(inspecciona atentamente todos los rincones)* y... si os... habéis... y si os habéis... escondido? No, ... no... Si vosotros... no puede que seáis tan malos... tan malos... No habéis venido tampoco... tampoco hoy!... Todos los días he de repetirme lo mismo... ¡Tampoco... hoy! y me suenan tan mal, ay, esas palabras, esas palabras, que cada letra parece un puñal... un puñal, que se me enclavara en mitad... del corazón! «Tampoco... hoy». Pero, y si tendré yo la culpa de haber, labrado mi propia tristeza? Somos tan tontos... tan tontos los hombres, que cerramos el corazón, en la juventud, para sentir que se nos abre cuando viejos, cuando nos huye el amor por vernos... tan viejos... y ya no es sino una quimera soñar con unos labios lozanos y locos y

fragantes que sofoquen el incendio que nos abraza! Somos tan tontos... tan tontos cuando jóvenes, que ciframos nuestro orgullo en probar de todas las corolas sin quedar prisioneros en ellas! Y pasan los días... y pasan los días y los días hasta que nos roba la vejez! La vejez que es fría y desolante por ser la cumbre de la vida, y entonces... y entonces cuando vemos que no hay una mano cariñosa que zurza nuestros calcetines al pie de nuestro lecho, mientras fingimos soñar... mientras fingimos soñar para que no nos regañe..... (ríe) para que no nos regañe... Ni que hay hijos a quienes bautice la canción del tajo con el agua bendita del sudor, ni nietecillos traviesos que nos escondan los espejuelos y que se orinen... y que se orinen, los malcriados, en nuestras rodillas; cuando vemos que todo ese excelso poema de amor nos falta, entonces vienen los hondos lamentos y quisiéramos, como Fausto, venderle nuestra alma al diablo para que nos restituya a las playas de la Juventud! A la Juventud que canta y que engendra, si, que engendra, que tiene ese divino don de prepararse para llegar con nietecillos al hombro hasta la cima! Pero ahora? Ahora es tarde y debo conformarme con abrir mi corazón a los que se aman... a Juanillo... a Maruca... a esos dos inocentes chiquillos que constituyen toda mi ilusión... toda mi ilusión! que me pertenecen, claro que me pertenecen porque llevan ahí dentro muchos pedazos de mi corazón! A Juanillo... a Maruca, a quienes he enseñado cómo canta la vida... cómo canta la vida...

— (Un lírico éxtasis pasa por su frente y lo convierte en abstracción pensativa. Cree haber escuchado rumor de pasos y de voces en la lejanía y le circula por el cuerpo una dulce sensación de sobresalto; aguza el oído

y, como si fuese sombra, dirígesse hacia el vórtice por donde salen las voces. En vano llama) — Juanillo, si aquí estoy yo, chiquillo, ven... ¿Cómo canta la vida, Juanillo? No respondes? ¡Malcriado! Eres tú Maruca, que quieres embromarme? Sal, ven locuela... locuela. ¿Cómo canta la vida? (Pausa durante la cual la orquesta ejecuta un idilio musical, suavísimo. Son las blancas palabras de las flores que declaman un himno fecundo de amor. Es la fuente desolada que tañe violines de cristal, y la fronda que impone sus sordinas, y las nubes, y el cielo y el sol! Allá va el viejecillo entre los árboles, poco a poco, buscando la palanca de su corazón, pero ni Juanillo, ni Maruca acuden a calmar su febril ansiedad. Va diciendo, abstraído en la soberbia sinfonía de la Naturaleza cómo canta la vida!.....)

MELOPEA

La vida canta de distintos modos porque es universal polifonía. Es nota desolante en los recodos pero en camino recto, sinfonía...

Una flor dice amores, la fontana preludia en sus violines un «te adoro» y hasta el Sol con sus ósculos de oro dice lo mismo a la gentil mañana

Todo canta también y todo llora según como el espíritu se sienta; a veces nos es dulce la tormenta y huérfana de luz hasta la aurora...

Ha de ser el espíritu balanza, que en sus platillos llenos de emociones, pueda hacinar de un lado corazones y del otro, la férvida esperanza.

La ilusión está en todo, hasta lo inerte muchas veces al goce nos convida. Aprendamos a amar, tal es la vida, que, sintiéndose arder, dulce es la muerte!...

(Y se disuelven sus palabras en una piadosa agonía de notas...)

Rufino.— (Entrando del brazo de Zoraida; siguiendo una conversación amorosa).
¡Cómo hablas, alma mía, cómo hablas! Si parece que tuviera tu boquitilla mala todas las melodías de la guitarra...

Zoraida.— Y tus ojos zahoríes todo el fuego del sol!...

Rufino.— Y tus manos toda la blancura de los corderos pascuales!

Zoraida.— Y tus orejillas burras la suavidad del asfodelo!...

Rufino.— Y tu pecho las leves turgencias de dos palomas cautivas!...

Zoraida.— Y tu cuerpo todo entero la... la... la ricura del caramelo. (Ríen).

Rufino.— (Aparte). Besos dados sin celos... saben a caramelos!

Zoraida.— Pero cuando el celo agobia?...

Rufino.— Hija, no se tiene novia! y valga el verso! (Ríen ambos).

Zoraida.— ¡Uy! y qué fortuna, y si lo oyera don Gaspar...

Rufino.— Por algo dice el adagio que de poeta, médico y loco todos tenemos un poco...

Zoraida.— ¡Uy! y qué fortuna! Cómo está Ud. señor médico?

Rufino.— Para servir a Ud., señorita loca!

Zoraida.— Querría Ud., señor... médico, dar-me una medicina para... un poeta que se muere de... amor!

Rufino.— Está Ud. segura de que se muere de... amor?

Zoraida.— Y tanto! Con decirle a Ud. que le ha dado la poesía por la locura de creerse médico! y todo por puro amor...! ¡Como dicen que la poesía es el complemento del amor...!

Rufino.— Es interesante el caso. Siéntese Ud. señorita y cuénteme en qué consiste esa locura.

Zoraida.— Ay, esa locura!... (sonriente y pícaro), esa locura... (se sientan).

Rufino.— Probablemente la de todos los hombres; enloquecerse por una mujer, dar por ella la existencia para que a la postre lo abandone.

Zoraida.— Pues mire. Ud., que la de él consiste

en abrazarlo a una así...y así... y por aquí... (le abraza la nuca, la espalda, etc.) y por aquí... y así... Y un beso aquí... (lo besa paulatinamente y concluye en un vértigo de besos) y otro aquí... y así... así... así... así... y así...

D. Gaspar.— (Entrando. Sorpréndense los enamorados) ¡Las hojas...! sí, la canción de las hojas que remeda muy igual a las palabras... Sí... las hojas que el viento arremolina...

Rufino.— ¡El viejo!

Zoraida.— ¡El viejo!

Rufino.— De dónde viene el viejo zurciendo soliloquios?

D. Gaspar.— ¡Ah! quién? Tú. Rufino; tú, Zoraida? Vengo de la floresta, chiquillos de la floresta desde donde creí que me llamaba Juan, y no era Juan... muchachos, no... no...! ¡Las hojas...! la canción de las hojas que el viento arremolina... que el viento arremolina... Decidme, de dónde venis vosotros? Qué hacías aquí?

Zoraida.— (a media voz) Que se lo cuente el Espíritu Santo!

Rufino.— Nosotros venimos de la dehesa de dejar los corderos...

Zoraida.— (interrumpiendo) Pero vamos a la tienda, don Gaspar, a la tienda a comprar las cosas para el matrimonio! Vámonos Rufino.

D. Gaspar.— A comprar todas las cosas? De la dehesa, Rufino?

Zoraida.— (aparte, a Rufino) Mi palabra que nos ha visto en el...

(pone un beso en la mano)

D. Gaspar.— Y no habéis visto en el sendero a Juan?

Zoraida.— Sí lo hemos visto hace un minuto, nada más...

Rufino.— Sí que lo vimos, don Gaspar. Pero Juan qué tendrá? Delante de nosotros venía él hablando unas cosas que, créalo Ud., don Gaspar, sólo pueden decirse en estado de locura...

D. Gaspar.— (Sobresaltado) Juan... Juan!

Rufino.— Pero cálmese Ud. que Juan aparecerá.

Zoraida.— Que nos cierran. Rufino; vámonos...

D. Gaspar.— Decís que lo habéis visto?

Rufino.— Por todas estas cruces y el honor de mi zagala!

D. Gaspar.— (*Aparte*) Señor, estaba escrito que en los últimos días de mi retiro a estas augustas soledades yo debía tener estos amargores!... Hui de las urbes sedientas y locas para esquivar sus intranquilidades, en busca de reposo y sabiduría y, ya al terminar mi obra de amor, ciérnese sobre mí una fatalidad que jamás creí encontrar! Estaba escrito... así sea!

Rufino.— Pero, por qué ha de inquietarse el viejo? Juan volverá. Algo pasa en su cerebro y en su corazón pero, el amor que es bálsamo santo, caerá en sus heridas y sabrá restañarlas piadosamente! Quede Ud. con Dios, buen hombre; nosotros volveremos enseguida...

Zoraida.— Vámonos, Rufino...

D. Gaspar.— Pues id con Dios, hijos míos

Rufino.— Hasta luego, don Gaspar (*vanse*)

D. Gaspar.— Pero, y qué tontos... pero y qué tontos... somos los viejos!, cómo la vejez burlona nos hace oír voces adoradas y no acatamos que es el corazón, nadie más que el corazón, el que prorrumpe en llamamientos... en llamamientos sin palabras! Pero yo me digo: si es bonito ser viejo, sí, porque ya traginados todos los senderos de la vida, a fuerza de contemplaciones, ha aprendido uno lo que ignora la adolescencia; ha aprendido uno, al fin y al cabo, cómo es que canta la vida!

Juan.— (*desde adentro*) Río fatal, oh testigo de mis amores!, dame un sorbo de la onda que copiara los ojos de la amada para que tenga mi corazón, que es noche eterna, dos estrellas que alumbren su camino!

D. Gaspar.— (*Sorprendido; entre una transición de risa y llanto*) oh! quién habla? Juanillo... Eres tú, eres tú, malcriado?. Juanillo, pero qué gozo!, vuelves? Vuelves? Habla más... habla más... más... muchacho... (*pausa*) Pero, y callas? Eres tú, corazón?

Juan.— (*desde adentro*) Caminillo blando, rebélate contra el viento para que no te deshaga la huella del pie adorado, mientras apaga mi boca su ardiente frenesí en ellas!

D. Gaspar.— (*risa nerviosa*) Sí, sí; si son las mismas voces de Juan! si son las mismas voces de Juan! que, al fin ha aprendido de este viejo cómo canta la vida... Pero, y qué dice este chiquillo, que tienen sus palabras un dejo de dolor?. Juan!... ¡Ah! ahora voy a fingirme dormido... a fingirme dormido para darle una inesperada impresión! (*Siéntase sobre el banco y finge dormir mientras Juan viene murmurando desde adentro*)

Juan.— Oh florido limonero que bendijiste mi fugaz amor con tu menuda lluvia de azahares!, envía tu sutil fragancia hasta la sierra para que sienta la adorada el perfume de recuerdo de mi truncado amor! (*entrando*) Arboles y nubes y fuentes y recordos, florecidos de saudades, no habéis visto acercarse la esperanza mía?

Hoy como ayer el campo me aguarda silencioso como si bostezara fatal melancolía.....

todo tiene el inmenso pecado del reposo, todo me arroja al caos *del no ser* misterioso pero, y si la adorada retornará algún día?

Todo se confabula para sangrar mi herida! todo converge al ángulo que ha de variar mi suerte!

cómo me olvida todo cuando el amor me olvida! Dios mío, si es ingrato cómo canta la vida, hazme sentir, al menos, cómo canta la muerte!

(*sucede a este canto de apocalipsis una ligera pausa expresiva durante la cual sólo se oyen los ronquidos del viejo que duerme y que rompiendo el éxtasis de Juan, le prenden en el alma temblorosos de asombro y de placer*)

Juan.— (*Buscando con la mirada*); El viejo!, el viejo! (*llamando suavemente*) don Gaspar... don... Gaspar... duerme... duerme... (*alejándose lentamente*). Cómo tiene su semblante la

misma expresión de un niño! Los Viejos! qué personitas tan dulces son los viejos quienes, a pesar de tener la cabeza llena de los secretos de la vida, juegan y ríen, tienen ocurrencias infantiles y mueren llevándose en la boca la tenue pin-celada del candor! Duerme... duerme...

D. Gaspar.— *(estallando en histérica risa franca)* Si yo... no duermo... muchacho... si no duermo!

Juan.— *(tendiéndole los brazos)* ¡Don Gaspar!

D. Gaspar.— *(tendiéndole los brazos)* ¡Juan! *(Abrazándolo)* Oye, muchacho, qué quieres decir... qué quieres decir con que el campo te aguarda silencioso? Juan... por qué... quieres... aprender... quieres aprender cómo canta la muerte? Juan? Si yo no he enseñado, enseñado... esas cosas... ¡Malcriado! Oye, ven, siéntate. Qué te pasa, Juanillo? *(se sientan)*

Juan.— No lo sabe Ud., don Gaspar?

D. Gaspar.— Si yo no sé nada... sí yo no sé nada muchacho.

Juan.— *(después de ligera pausa en que expresa gesto de desconfianza)* No sabe Ud. nada, don Gaspar?

D. Gaspar.— Pues oye: sí... sí... sí sé pero otra cosa y es que vosotros, tú, Juanillo, y Maruca, los dos, sois unos solemnes malcriados! porque sabiendo que constituís toda mi ilusión... toda mi ilusión nacida hace ya cinco años y mantenida desde entonces, porque sabiendo... que os junté para el amor... que os junté para el amor, Juanillo, porque os conocí desde que estabas en pañales; sabiendo que todas las mañanitas al venir ambos aquí me dabais como una santificación, como energía, como vida, como deseos de vivir mil años para no dejaros de ver jamás... porque sabiendo... porque sabiendo que todas las mañanitas os esperaba con febril impaciencia, que calmabais después con vuestra charla inocente; porque sabiendo que yo no puedo sentarme a la mesa, Juan, sin antes no haberme visto en vuestras pupilas

candorosas, ni haberos enseñado una nueva estrofa del poema que canta la naturaleza toda, Juan, por qué sabiendo todo eso, chiquillo, me habéis dejado, tú, Juan, y esa locuela de Maruca..... me habéis dejado abandonado por tantos e interminables días.

Juan.— don Gaspar, el desengaño es como una tormenta que nos revienta en los oídos y que nos aturde y nos hace llorar y sentirnos solos, muy solos, como los pajarillos que a fuerza de esperar abandonan el nido que los vio nacer para ir en busca de la tibia caricia ausente o del helado beso del no ser!...

D. Gaspar.— ¡El desengaño! ¡El desengaño!..... porque sois unos malcriados! Qué sabéis vosotros de desengaños? Cuando el sol marchita las flores, Juanillo, lo que se afean son las corolas pero el tallo, el tallo que es esperanza, como la juventud, no siente los ardores y está pronto a renacer... ¡El desengaño! ¡El desengaño sólo lo sienten los viejos, muchacho. Para la juventud que es una ruidosa catarata de alegría, que es una hermosísima estrofa palpitante de amor, de locura y de vértigo, que es un amplísimo campo florecido de ilusión y de esperanza; para la juventud, Juanillo no existen desengaños, como inaccesible cumbre para el águila, ni vallas formidables para la luz del sol! La juventud, Juan, es lo que quiera ser, pero sois muy tontos los jóvenes, y sois ya viejos a fuerza de labrar vuestra propia desdicha. Si te digo, Juan que en vez de ser pajarillos que cantan y que vuelan, os haceis esclavos de vosotros mismos! *(Ríe)* Qué risa, muchacho, cuánta risa me dais!...sí... así... no es ... jajajaja... como canta la vida!

Juan.— Ud. lo dice pero, qué quiere que haga yo? Yo, en quien el amor a Maruca ha echado raíces tan fuertes que nadie, don Gaspar, que nadie sería capaz de socavarlas! Amo a Maruca con tal fiereza que

la quisiera toda para mí, toda entera; verla y que mis ojos se agrandasen, y que fuesen como abismos para que cayera en ellos y guardarla yo, sólo yo, entre mi cuerpo, para que nadie la viera, ni la hablase, ni nada, y para que muriese cuando yo muera, y así tener el consuelo de seguir amándonos aún en la tumba!

Pero nó, el amor es la muerte, don Gaspar, es la muerte; lo digo porque lo siento y así lo confirman los libros!

D. Gaspar.— Eh?, pero..... tú lees otros libros?

Juan.— Sí... otros...

D. Gaspar.— Y que te los habrá facilitado el señor cura, no es eso? Porque, libros que hablen de muerte, me parece que los de los sacerdotes!

Juan.— No ha sido él; sin embargo he leído uno que dice: «*Buscamos el amor y el amor es la muerte. Si prestásemos atención a los rumores de lo ignorado, escucharíamos no pocas veces que nos gritaría 'insensato, no sabes que se muere por eso, porque se ama?' Ignoras que la pasión agosta y envejece, que el placer aniquila y que tan sólo es a los seres permitido amar a trueque de morir? Corre tras el amor pero sabe que corres a la tumba! La vida es sólo un beso macabro que comienza la madre y acaba el gusano! Y ese gusano también morirá porque el amor circula en sus anillos!*»

D. Gaspar.— (Rápido) Pero, malcriado, si no somos inmortales y es preferible morir prendido en unos labios de grana, que morir pataleando con una tifoidea!

(Se cuaja el ambiente de un sonoro tintineo de cascabeles. Son las pastorcillas que van con sus rebaños a las dehesas distantes y que para poner velo de alegría al cansado caminar, canturrean coplas de ventura y de amor).

Pastorcillas.— (Cantan alegremente):

Probes los corderos tímidos

que soñ presa de los lobos...

Pero más probes nosotras > bis

si nuestro dueño es celoso'... > bis

D. Gaspar.— (Poniendo atención). Eh?... eh?...

Juan.— Maruca! Maruca! Se avecina mi ranía Oye Ud.? Son las zagalas que saben de la pena mía... Me voy para no ver perfidia en la cara adorada!...

D. Gaspar.— (Deteniéndolo de un brazo), Juan, que haces, hombre? Juan... tontuelo ven...

Juan.— (Desprendiéndose). Déjeme Ud., don Gaspar... déjeme que huya... ya!... adiós! Quiero librar a mi corazón de nuevas puñaladas! (vase).

D. Gaspar.— Chiquillo!... Juan! (Llevándose el pañuelo a los ojos) Juan! Cómo son de tontos los hombres! Cuando la esperanza viene, ellos se van y luego reniegan de la vida porque no encuentran su esperanza! (Suenan cada vez más lejos el tintineo de los cascabeles). Pero yo? si yo tengo la culpa de haberme labrado mi propia tristeza! Retornaré desencantado a mi soledades a mi casilla blanca que se me figura como la mortaja de mis ilusiones. (Suenan más lejos los cascabeles). He querido, he querido remar mi último canto de amor, juntando dos corazones para la vida una influencia extraña, la de esos libros de muerte, se rebela contra mi deseo!... Bien... está bien! contra mi deseo!... Bien... está bien (alejándose) A morir! tal me lo marca el destino, lejos de esos dos chiquillos... de Juan... de Maruca. sí... lejos... bien lejos... muy lejos... Juan!... Maruca!...

Juan.— (Entrando con disimulo). Se me ha perdido un pañuelo!

D. Gaspar.— (Violenta transición de risa y llanto. Escena muda y agitada). Tú, Juanillo lo que has perdido es la chaveta, s rana!

Juan.— (Riendo). Pero por la mujer querida!...

D. Gaspar.— Sí, la amas... la amas! Y si la amas ¿cuáles maromas son esas de equivocar su presencia?

Juan.— La lucha sorda que libran mi cabeza y mi corazón. Por más que el corazón me arrastre, no seré tan débil que lo deje vencer mi razón. Hay en mi interior una voz que parece que me dice: «rompe esas cadenas sé fuerte, es necesario que sepas vencer».

D. Gaspar.— (*Interrumpiendo*). Pero, tú piensas que el amor se razona, como una transacción comercial? Razonar el amor es extinguirle Juan, es extinguirle, como el iris al soplo de la oscuridad! El amor es un vértigo Juanillo, y a los vértigos no cabe razonar; se sienten, se gozan fuera de los yertos análisis de la filosofía. Las cumbres son augustas, Juan, porque están coronadas de palpitantes vértigos y si tú, y si tú razones las cumbres, te condenarás, chiquillo, a vivir en hondanadas, mirando arriba... arriba, el nupcial epitalamio de condores! En el mundo, Juan, en el mundo, por eso porque es vasto, hay de todo: filosofía, mecánica, amor... y si se debe razonarle todo, entonces para qué tener alma? No me bastaría ser maniqués que hablasen y pensasen lo mismo, al golpe de un martillo automático? Tendríamos que ese complejo y misterioso vértigo del amor estaría amoldado a severos cánones! Pero, tontuelo, si la voluptuosidad consiste en lo desconocido. Si analizásemos a Dios, Dios mismo nos sería vulgar. ¡Analizar el amor! pero, es que tú lo dices de verdad, Juanillo? Entonces ¿por qué no te marchas a las ciudades a comprar amores... amores... malcriado? amores de las pesetas que quieras, ya que te haces indigno del que no se paga con dinero? Qué me dices?... habla... habla... di...

Juan.— Hablar? Qué quiere Ud. que responda? Habla Ud. con tal convencimiento!... quiero huir... para que no me convenza!

D. Gaspar.— Oye, dime tú no experimentas una honda tristeza por todo lo que se

malogra, sea ésto ya una flor que se marchita, como una esperanza que se consume? Pues la mujer es una gran flor en cuyas corolas palpita una esperanza, y tú, Juanillo, a quien he enseñado cómo canta la vida, podrías ver con satisfacción a una mujer, a Maruca, que ebria de infinito amor, va consumiendo primaveras y primaveras que en vez de ser sonrientes y felices, son como filtros que le destilan en el alma desesperantes gotas de amargura? O es que tú quieres, Juanillo, que la amada Maruquilla mía se desvíe del sendero y vaya a reclamar quién sabe a cuántos miles de brazos extraños, la promesa fecunda de su maternidad.

Juan.— Oh! don Gaspar, por Dios! Nunca! No me hiera Ud. tan a fondo con esas palabras. ¿Maruquilla? No, jamás!

D. Gaspar.— Entonces?

Juan.— He de librarla yo; sólo yo. ¿Maruquilla? No, jamás! Mis brazos se tornarán en poderosa egida, y mi pecho y mi cuerpo todo entero y mi alma: todo yo, antes que eso, don Gaspar. Maruca? No, jamás! jamás... ¡nunca!...

(*Revierta una graciosa eclosión de risas y vagos rumores adentro. Son las pastorcillas que vuelven de las dehesas. Oyénse adioses y algazaras.*)

Una voz.— Canta la última copla, Maruca...

Maruca.— (*Desde adentro*). Allá va. ¡Sts! callad!

Si logro ver a mi amado,
aunque traspase la sierra,
me lo comeré a miradas > bis
y que después me muriera! > bis

(*Vuelve a estallar la pastoril algarabía.*)

Juan.— Déjeme Ud. escapar... que se acerca mi tirana...

Maruca.— (*Entrando y riendo todavía*). Qué tontas son... ah! D. Gaspar!

Juan.— Déjeme Ud.; quieroirme... necesitoirme...

D. Gaspar.— (*Reproche*). Juan! qué haces, hombre?...

Maruca.— (*aparte*). Qué gracia! Déjelo que se marche, abuelo...

- Juan.— Porque lo ordenas tú, eh? (*Zapatea*)
Pues no me marchó...
- Maruca.— En ese caso, que la pasen Uds. bien...
- Juan.— Tú? vete... vete...
- Maruca.— Porque lo ordenas tú, eh? (*zapatea*)
Pues no me marchó...
- D. Gaspar.— (*Riendo*). Habráse visto caprichosillos!
(*Aparte*). Yo voy a componer a esos muchachos. (*A ellos*). Juan, tú... no te vas! Maruca, tú... tampoco te marchas; ninguno... ninguno de los dos porque a ambos os necesito hoy con más urgencia que ningún otro día de mi vida... sabedlo... sabedlo... yo... estoy muy malo... muy malo del corazón...
- Ambos.— Oh!
- D. Gaspar.— Y presiento que en breve... que en breve... ay... ay... que en breve... me tendréis... que sepultar... que sepultar... ay... ay... (*llevándose las manos al corazón*)... os... lo dije... ay... (*retorciéndose*) si... os lo estaba diciendo, hijos míos... ay... (*Juan y Maruca acuden a socorrerlo pero sucede una graciosa escena en que ambos se repelen*). Llevadme... al... banco... ay... dadme... agua... agua... un médico...
- Maruca.— Por Dios! Quién trajera... un médico?...
- D. Gaspar.— Dadme... dadme... a... gua...
- Juan.— Agua? Quien trajera... agua, por Dios!
Rota la intención del viejo, enderézase de pronto y exclama):
- D. Gaspar.— ¡Condenados! si me hubiese dado un patatuz de verdad, me dejáis morir como a un perro! Pero qué quieren decir esas bravatas, muchachos, que, aún frente a la muerte, os repelís? Si ante la muerte os repelís, por qué, entonces, no os juntáis ante la vida?
- Maruca.— No... no...
- Juan.— Idem... i-bi-dem!...
- D. Gaspar.— ¡Condenados! así es como canta la vida? Pero no os he dicho que el primero de los mandamientos de la humana criatura es vivir y vivir

por ventura, no es amar, soñar, esperar? Palpitar en la voluptuosa sensación de unos labios tremantes, o de unas pupilas inquietas, o de un ardoroso seno embriagador? Es que deséais relegaros a condición más pasiva que la de los árboles ya que éstos tienen secretos con la luna y amor hecho caricias con el viento? Por qué no gozáis de la vida? Si la vida es apenas un pequeño disco en el cual debemos imprimir todo un hermoso compendio de alegría, muchachos. Cuántas veces os habréis lamentado de este polvo viejo que ya en los umbrales de su existencia, huérfano de caricias que despreció en la adolescencia, vuelve la vista hasta el pasado, el pasado que ya no vuelve, en demanda de una cabeza blanca que con él comparta sus horas prostreras. Tú, Maruca, locuela, no querrías ser una viejecita regañona que tuviese la gloria de meser, en las rodillas, unas cabecillas blondas de nietos adorados?

- Maruca.— Distingamos!... de nietecillos... ajenos! o, al menos, de un abuelo que supiera quererme!...
- D. Gaspar.— Ajenos!... quererme! Y tú, Juan?
- Juan.— Yo? de haber tenido nietos con una abuela tan... infiel, habría preferido ahorcarme!
- Maruca.— Jájá... qué risa!
- D. Gaspar.— El demonio que ponga aquí paz!
- Maruca.— D. Gaspar, apostarí a que no adivina Ud. lo que estoy pensando! Que me daría un gozo muy grande, pero muy grande oírlo recitar... cómo se llama? los versos aquellos de la tarde que compuso Ud. en semana pasada!...
- Juan.— (*Aparte*). Cuáles versos son éstos, que no los conozco yo?
- D. Gaspar.— Pero a condición de que me dirás quién ha comenzado esta pelea.
- Maruca.— Por mi palabra...!
- D. Gaspar.— Oídllos, pues...
- Maruca.— (*Sentándose en un extremo del banco*). Yo me siento aquí...
- Juan.— (*Sentándose en otro extremo del banco*) Y yo aquí...

D. Gaspar.— (MELOPEA)

ELEGIA DE LA TARDE

Está la tarde quieta en el jardín,
y la fuente,
llorando amargamente
un hondo esplín...
Tiene la fuente una
voz como de niña importuna
y coqueta,
Y es tan amable su llorar que abisma
que, hasta la tarde misma
frente a la pila se ha quedado quieta,
como una admiración!...
Frente a la pila: un banco,
y sobre el banco: la ausencia de un vestido
blanco
de mujer que es nota del amor,
A un lado: la enramada.
(La enramada está cuajada
de oro triste, de oro lánguido,
oro de crepúsculo en flor!)

La tarde, en tanto, sueña,
como una enamorada, con alguna
caricia de inefable devoción...
y una rival cigüeña,
al borde de la plácida laguna
perezosa, durmiente,
interroga a la tarde, mudamente,
como su perfecto signo de interrogación!...
Y, como nada gime, como nada
solloza fuera de la aletargada
fuente de cristal,
va diciendo una nube placentera,
a modo de bandera,
que la tarde es de paz!...
Está la tarde quieta en el jardín,
y la fuente,
llorando amargamente
un hondo esplín,
en tanto que, sedosamente,
desde la paz aldeana
perfumando viene el quieto ambiente
la penetrante voz de una campana!...

Juan y Maruca.— Bravo... Bravo!...

Juan.— No le perdono a Ud. Haberme
ocultado esa poesía...

Maruca.— (Rápida) Cumpló mi promesa, don
Gaspar, cumpló mi promesa. Re-
cuerda Ud. aquella mañanita
cuando junto con otras zagalas

— que tienen sus novios, como es
natura!— iba yo a dejar mis corde-
ros y que Ud., desde su casita,
hízome señas para que me
detuviése?

D. Gaspar.— Sí, Maruca, sí...

Maruca.— Y que yo me detuve, y que Ud. con
una inmensa satisfacción que le
brillaba en los ojos me dijo:
«Maruca, manda los corderos y ven
a mi casa porque quiero leerte...
una composición?»

D. Gaspar.— Sí, Maruca, sí...

Maruca.— Pues ahí tiene Ud. el motivo del
disgusto!...

D. Gaspar.— Eh? Yo? Pues sólo eso faltaba! que
fuese yo como la cizaña del cuento!

Juan.— Explicate, mujer!

Maruca.— (Aparte). Qué guazón será éste!—
Bien, como acudí a su casa, abuelo,
y hube de demorarme, éste, que me
esperaba, se marchó impaciente, el
bobo, pensando mil cosas, dando
la coincidencia de que, al retornar
las zagalas con sus mozos y yo me
marchase con ellas, me vieran apa-
rejada con Rufino... ay Rufinito!
«Loca, infiel mala hembra» gritóme,
«qué hacías con ese bandido, que a
ninguno os han visto las zagalas?»
y como una tiene dignidad, don
Gaspar, yo no quise responder a
tanta infamia y encogiéndome de
hombros pero sintiendo como que
adentro algo se me despedazaba,
«que te aguante una piojosa» díjele
y eché a correr por la vereda, lo
mismo que una cabra...

D. Gaspar.— Juan! pero tú? Qué has hecho?
aaahhh!...

(Ligera pausa en que resopla por el
ambiente un leve remordimiento).

Juan.— De manera, don Gaspar, que
Maruca estuvo en su casa el lunes?

D. Gaspar.— El lunes, sí, muchacho...

Juan.— De la semana pasada?

Maruca.— Diga la verdad, abuelo...

Juan.— Sts! a callar!

D. Gaspar.— De la semana pasada, muchacho.
Pero está gracioso! Y ahora falta,
malcriado, que me levantes una
calumnia con esta chiquilla!

Maruca.— *(Riendo)*, Y de qué no es capaz un hombre celoso?

D. Gaspar.— Un hombre celoso, dicen es un hombre que ama... Es cierto, Juan?

Juan.— *(Levantándose)*. Sí, que adora mucho y que por lo mismo que adora es capaz de cometer las más atroces tonterías! De las cuales por supuesto, se arrepiente...

D. Gaspar.— Estás arrepentido, Juan? Franqueza... franqueza...

Juan.— Sí, abuelo, de corazón!

Maruca.— Y yo también, abuelo, de corazón... palabra!

D. Gaspar.— *(Jubiloso)*. Gracias a Dios! Así son todos los amores que forja la juventud florida! MANANA DE PRIMAVERA! esta es la verdadera mañana de primavera! Sí ya decía yo, chiquillos, que antes de abrir mis ojos para la muerte, debía dejar escrito con sangre de realidad este divino poema de amor! Sí... no era posible... si no era posible que dos bocas virginales que bebiesen en el ánfora de la vida, probasen la cicuta de la muerte! Porque el desamor es eso; muerte que descorre los sombríos cortinajes de la espantosa eternidad! Pero, qué gozo me dais, chiquillos; hoy me vuelvo a sentir joven, santificado, con una traviesa alegría que no me cabe en el corazón. Mañana de primavera... mañana de primavera!

Zoraida.— *(Entran Zoraida y Rufino; éste viene cargando paquetes y bultos)*. Anda borriquillo, anda...

Rufino.— Felicidad, señores!...

D. Gaspar.— Así la tengan los recién venidos!

Maruca.— Y que nunca les falte a los recién casados.

Zoraida.— ¡Maruquilla! *(Se abrazan)*

Rufino.— Se vende barato lienzos y encajes, velos y azahares para quien quiera casarse!

D. Gaspar.— Os habéis alistado ya? *(A Juan)*. Que se casan, Juan te digo que se casan. ¡Celoso!

Maruca.— Oye, Zoraida, y... no da miedo casarse?

Zoraida.— Cuando tú comulgas no es cierto que sientes algo que no está en ti,

algo extraordinario, nervioso, sublimo? Oye, niña, es igual, es igual lo que se siente cuando se va a comulgar con el amor.

Maruca.— *(Extremésese)*. Tiemblo!

D. Gaspar.— ¡Mañana de primavera! Esta es la mañana del amor, de la dicha, de la ilusión... Aprended, chiquillos... aprended!...

Rufino.— *(A Maruca)*. Y vosotros, no es cierto que seguís nuestro ejemplo?

Zoraida.— Cuando se casan ustedes? cuándo?

Maruca.— *(A cada palabra que pronuncia vuelve a ver a Juan, maliciosa)*. Nosotros?... que cuándo nos casamos?... dices que... cuándo?... pues...

D. Gaspar.— *(Riendo)* Sácanos de la duda, Juanillo.

Juan.— De qué se trata?

Maruca.— Es que dice Zoraida... es que dice... Zoraida... que...

Zoraida.— Sí, que cuándo se casan Uds., no es eso?...

D. Gaspar.— Anda, fija un plazo, hombre.

Juan.— Bien; pronto. Está dicho? Un mes!

Todos.— Bravo!... Bravo!...

D. Gaspar.— Si ésta... sí ésta... es la verdadera mañana de primavera!

Zoraida.— Con que, os felicitamos, eh? Y no perder el tiempo, amigos míos. El tiempo pasa.

Rufino.— Queden Uds. con Dios y hasta luego!...

Juan y Maruca.— Que sean Uds. dichosos. Hasta luego.

D. Gaspar.— Que no pierdan Uds. el tiempo... digo yo y hasta luego!

Zoraida.— *(Palmoteando suavemente a Rufino, canta)*
Anda borriquito mío... anda borriquito feo... *(vanse)*.

D. Gaspar.— Mañanita de primavera! Daos un fuerte beso de reconciliación, chiquillos, que sea como un blanco y fuerte lazo de indisolubilidad.

Juan.— Abuelo! *(Maruca hace mohín gracioso de rubor)*.

D. Gaspar.— Hipocritillas!... hipocritillas! no os lodais en mi presencia y si hasta que se os incendian los labios, cuando estoy ausente! Si yo os he visto, malcriados, si yo os he visto desde allá de mi ventana. Cuando

vosotros os besabais, a mi se me hacía chiquitita el alma y quería ser como una prensita invisible que os dejara juntos los labios por toda la eternidad!

Juan.— Arrodillémonos, Maruca, que más puede la bendición de un viejo que la canción de un beso furtivo. (*Arrodillánse*).

D. Gaspar.— Si tu dices «viejo», Juanillo, no me doy por aludido porque jamás he sabido serlo ya que el amor, que es eterna catarata de renovación jamás ha dejado de bañar mi espíritu. Viejos erais vosotros hace un momento y quiera Dios que no lo volváis a ser nunca, nunca... pero nunca...

Juan.— Así será.

Maruca.— Amén Jesús!

D. Gaspar.— Pues os bendigo entonces deseándooos, chiquillos, que lleguéis a la cumbre de la vida, eso sí con cuatro docenas de nietecillos al hombro! (*ríen*).

Maruca.— (*Levantándose*). Ahora, D. Gaspar, es probable que no le dé a Ud. ningún patatuz!...

D. Gaspar.— Chiquilla, por enfermedad, no, pero es seguro que me mate otro de distinta índole porque siento que se me revienta el corazón con tanta alegría... pero con tanta alegría! Vaya, (*tomando su bordón*) yo me retiro porque las reconciliaciones necesitan de... sus satisfacciones... y...

Juan.— Cómo, se marcha Ud.? No puede ser. Vámonos todos, todos.

Maruca.— Es verdad. Tenemos que acompañarlo. D. Gaspar. Ud. nos ha juntado para el amor, es nuestro padre...

Juan.— Nos ha juntado para el amor y mientras ese amor perdure, Ud. vivirá con nosotros para cerrarle o para que nos cierre las pupilas!

D. Gaspar.— (*Caminando lentamente; abrazado de Juan y Maruca*). Yo os he juntado para el amor y a mí quién ha de juntarme, fuera de la muerte?

Maruca.— No pensar en cosas tristes; ahora todo eclosiona alegría, luz, calor...

(*suenan un tenue preludeo de orquesta*). Oye ud.? todo canta, todo palpita, todo habla de amor, de esperanza, de ilusión...

D. Gaspar.— Dices bien... Maruca; dices bien. Muchachos, cómo canta la vida?

Juan.— La vida canta de distintos modos ya que es universal polifonía. Es nota desolante en los recodos.

Maruca.— (*Interrumpiendo*). Pero en camino recto... sinfonía!... (*va cayendo el telón paulatinamente a medida que se recita esta estrofa y se internan en el bosque los actores*).

NOTA DE LA REDACCION

- 1) María Fernández de Tinoco (1877-1961), esposa del dictador Federico Tinoco (1917-1919), publicó en 1909 con el seudónimo *Apaiacán* dos novelas sobre temas indígenas: *Zulay* y *Yontá*. Fue activa participante en los círculos esotérico-teosóficos de principios de siglo y escribió algunos artículos de pretensión arqueológica.

Mañana de Primavera

Para Raúl Salazar Álvarez

Recluido desde días, voluntariamente, en una quietud de aislamiento que siempre es más fecundo que las algarabías de la publicidad, ambiente propicio a las más amplias labores del espíritu vengo hoy, sin embargo, a este periódico, porque un imperativo deber de devoto del Arte me obliga.

RAUL SALAZAR, que es, entre nosotros, una de los que con más propiedad ha vencido al verso, porque venció la forma, no por antigua menos sacramental, de encerrar ricos perfumes en bellos vasos de cristal finísimo, y que viene, hace tiempo, realizando una vigorosa labor inédita que solo conocemos los que con él hemos hecho fraternal cruzada en el medio apático en que vivimos, ha escrito una bella comedia que lleva el título que encabeza estas líneas.

Parece que asistiéramos a un renacimiento artístico que ahora va a triunfar en la difícil labor de la escena, quizá por convicción de los que allá se han dedicado, de que, ninguno de los aspectos artísticos atrae de mejor manera a las multitudes y posee su espíritu de mejor manera que el teatro. Y aunque esta comedia de Salazar, como él mismo lo dice, no puede tener patria porque canta el alma y el amor, y éstos no tienen fronteras y sus personajes pueden ser los nacidos bajo cualquier sol, es lo cierto que ella llevará el sello de nuestra joven literatura.

En mi sentir, que no tiene más recomendación que su amor a la Belleza, MAÑANA DE PRIMAVERA hará época en nuestra evolución literaria.

Allí no se falsifica la vida, no se la calumnia; es una página arrancada de ella misma, con todo el colorido y la ternura que a ella puede aportar quien ha hecho de la suya un viviente poema de sentimiento y de amor.

Es, se podría decir, la acuarela de un sencillo y amable idilio de dos pastores, formado por un dulce viejo en quien los años, al poner blanca su cabeza, llenaron de blancas ilusiones su corazón; lo que vale decir, dos fragantes flores de la montaña umbría uniendo sus corolas, al conjuro de un rayo de crepúsculo.

La comedia, en un acto y en prosa discurre sin violencias, sosegadamente, como las aguas del riachuelo montañés que copió, en la inmensa pupila de sus ondas, los amores de Juan y de Maruca.

No sé dónde pensará Salazar representar su comedia, pero estoy seguro de que, sea cualquiera el teatro que la recoja, la noche de su estreno habrá fiesta en las almas soñadoras, y una satisfacción en su espíritu de incansable artista que, habiéndose detenido un momento en un recodo de su camino, puso su vida cerca del corazón de la montaña y aprendió *cómo canta la vida!*

J. Albertazzi Avendaño

(Tomado de la REVISTA NOUS, año 2, Nos. 12-13-14, 1917)